

.....  
CHARLES TAYLOR, *IMAGINARIOS SOCIALES MODERNOS*, Paidós, Barcelona, 2006, 226 pp.\*  
.....

POR CARLOS LEÓN SALAZAR  
UAM Unidad Iztapalapa  
*losconfines@yahoo.com.mx*

Charles Taylor, filósofo e intelectual quebequense, es actualmente profesor de derecho y filosofía en la Northwestern University (Estados Unidos). En su texto *Imaginarios sociales modernos* presenta una profunda reflexión sobre el proceso de conformación de un “nuevo” orden moral que se instituye como centro de la modernidad occidental. Los imaginarios sociales, según la caracterización del autor, dan sentido a las formas en que –más allá de las formulaciones teóricas– la gente común percibe sus condiciones de vida social, cómo ésta se relaciona y se acopla con la de los otros, cómo se formulan expectativas colectivas –según las nociones normativas y de legitimidad subyacentes–, que se expresan por medio de historias, leyendas, mitos e imágenes. Tales concepciones son compartidas y comprendidas por la sociedad en su conjunto, de modo que hacen posible prácticas comunes, investidas de un amplio sentido de legitimidad.

Según este planteamiento, la concepción de los individuos como seres dotados de derechos y obligaciones de la vida social, que organizan sus relaciones con base en una cierta concepción moral y buscando determinados fines comunes, se fue gestando desde el siglo XVII, en un principio sólo como una idea en la mente de algunos pensadores influyentes, pero paulatinamente dio forma a un imaginario social rector de la Modernidad en su conjunto. Taylor, sin embargo, evita atribuir a los imaginarios sociales un determinismo idealista, pues se podría entender que primero son formulados en la teoría y operan como una fuerza rectora de prácticas sociales históricas. Pero la relación causal también podría entenderse en sentido inverso, si se considera que la objetividad de ese imaginario social es verificable, inicialmente, en las “nuevas” prácticas concretas asociadas, por ejemplo, con la extensión de la economía de mercado. Contra lo que califica como

\* *Modern Social Imaginaries*, Duke University Press, Durham y Londres, 2004.

una falsa dicotomía, Taylor asevera que las prácticas sociales son la clase de cosas que se definen por tener un sentido y, por tanto, son inseparables de ciertas ideas; es decir, las prácticas tienen expresiones objetivas y subjetivas concomitantes, son desplegadas espacial-temporalmente y a la vez son formas de concebir y entenderse a sí mismo y al mundo social; es imposible atribuir a alguna de tales dimensiones, aisladamente, un atributo causal. En este sentido, los imaginarios sociales tienen una función constitutiva: dan sentido a las prácticas y de este modo las hacen posibles.

Es en este marco que el filósofo canadiense analiza el proceso histórico de surgimiento y desarrollo de las instituciones sociales propias de la modernidad occidental: la economía de mercado, la esfera pública y el autogobierno del pueblo.

La promoción gradual de la economía de mercado al lugar central que ocupa en nuestros días es explicada considerando la concatenación de factores tanto materiales como políticos y espirituales. El cambio en la forma de concebir la integración de la vida humana en torno a la obtención del beneficio mutuo, en donde los fines propios –por más divergentes que puedan parecer en la conciencia de cada individuo– se funden con otros, redefine la imagen del orden del mundo en el imaginario social. El buen diseño estructural del orden ya no depende sólo de la existencia de una guía providencial divina, sino que se funda en el encadenamiento causal de acciones y actitudes individuales –como la búsqueda del bienestar individual– que tienen resultados positivos en la imagen de una sociedad organizada para la consecución de la seguridad y la prosperidad generalizadas.

La autocomprensión de los seres humanos como individuos implicados en un intercambio extensivo de beneficios, que aceptan la exigencia del trabajo disciplinado en alguna ocupación productiva acompañada de una razón espiritual de santificación de la vida ordinaria (siguiendo a Weber), retoca también la forma en que se justifican los principios de autoridad y jerarquía. La imagen monárquica de superioridad inherente frente a los súbditos, como jerarquía ontológica, transita hacia una idea de poder desde el punto de vista de una necesidad funcional. Desde el siglo XVIII, el Estado es percibido cada vez más como un organizador necesario para que la economía prospere y para reorientar el amor individual a la ganancia hacia el bien común. En ese sentido, el cambio en la posición social de las clases comerciantes y, más tarde, de los industriales, se explica tanto por la acumulación de ganancia –derivada de las tasas de intercambio favorables y de los aumentos en la producción– como por el cambio en las demandas de poder de las élites gobernantes y por el respeto y la admiración hacia el rango y la fortuna frente a distinciones “menos visibles”, como la virtud y la sabiduría.

El gran cambio en el imaginario social que llega a concebir al sistema económico como un conjunto interconectado de actividades de producción, distribución y consumo, con forma e integridad propias, hace posible que la sociedad organizada deje de ser equivalente a un cuerpo político. La nueva idea de orden basado en la colaboración y el intercambio económico se refleja también en el significado del término sociedad civil.

La segunda dimensión de la sociedad civil que alcanza una identidad independiente de lo político es la esfera pública, vista como un espacio común “metatópico” en el que los individuos se comunican para discutir cuestiones que interesan a todos y para arribar a una opinión común sobre ellos. El “capitalismo de imprenta” permite difundir materiales procedentes de una pluralidad de fuentes independientes, discutidos en reuniones públicas e integrados en gran debate “nacional”, donde se arriba a una opinión general. Pero la imprenta no es explicación suficiente para el surgimiento de la esfera pública, sino que precisa un contexto cultural adecuado en el cual pudieron surgir cruciales concepciones comunes. En el espacio de la esfera pública los individuos concurrentes comparten un centro de atención y un mismo propósito, todos entienden lo que están haciendo; la esfera pública, inspirada en la idea moderna de orden, sitúa las acciones en un marco determinado que nos une, nos convierte en sociedad y trasciende nuestra acción colectiva; de tal modo, la esfera pública no depende de ningún marco previo establecido desde alguna dimensión trascendente a la acción misma (una ley inmemorial o una entidad divina). La opinión reflexiva surgida del debate crítico de ideas adquiere un estatus normativo, como agencia colectiva independiente del poder político. Los espacios de discusión externos al poder, generadores de discusiones críticas y juicios reflexivos, someten a los cuerpos gobernantes al escrutinio, a la supervisión y al control por algo externo a ellos: los gobernados. El poder político está moralmente obligado a dejarse guiar por la imagen de un pueblo que razona.

La soberanía popular, como tercera institución característica de la modernidad occidental, también remite a una noción de secularidad, no entendida como ausencia de religión, sino al imaginario social del pueblo como una nueva agencia colectiva que entra en conflicto con cualquier idea de sociedad que sitúe su fundamento en el orden metafísico o en remisión a una ley inmemorial. La idea de soberanía como significado institucional de aceptación general desvincula la idea de fundación del tiempo mítico de los orígenes y pasa a ser concebida como algo que se puede hacer hoy, es decir, como una acción colectiva contemporánea en tiempo profano. La voluntad del pueblo no necesita remitirse a ninguna ley preexistente para verse como tal, sino que se ve a sí misma como fuente de ley. Del mismo modo, la invocación de la soberanía, incluye formas de hacer realidad la nueva concepción del pueblo; esto es, los actores deben tener un repertorio común de prácticas con sentido y que hagan efectivo el nuevo orden.

El imaginario social moderno, dice Taylor, es simultáneamente activo y contemplativo e incluye dos formas de imaginar la sociedad: por un lado, como categorías activas, como formas de agencia libre y horizontal por las que el pueblo tiene una personalidad propia y una actuación conjunta más allá de cualquier ordenamiento previo y, por otro, como categorías objetivas, o sea un conjunto de procesos que operan con independencia parcial del ordenamiento normativo; la “mano invisible” en la economía sería la muestra más evidente de esto último. El orden moral nos ha acostumbrado a pensar ambas

perspectivas en una tensión constante; sin embargo, las categorías activas y las objetivas en el imaginario social moderno forman el grupo de imágenes que dan sentido a las prácticas y, de este modo, las hace posibles.

Para Taylor, la concepción moral de orden como beneficio mutuo es la característica central de la modernidad occidental. Llama la atención que el autor, a pesar de que entre sus principales preocupaciones académicas se halla el problema del reconocimiento del multiculturalismo y de la integración de las minorías en las sociedades democráticas, no profundice en este trabajo en la cuestión de los imaginarios sociales como escenarios de disputa por la definición de la realidad social. Si bien señala un “lado oscuro” en los imaginarios sociales, que puede distorsionar u ocultar ciertas realidades cruciales entre las conexiones que mantienen un sentimiento de superioridad en el orden moral occidental, supone que esto sólo puede girar contra “víctimas inocentes”, externas al propio orden moral occidental; es decir, concentrado en los procesos que definen una personalidad propia y en los rasgos de homogeneidad de las naciones y los pueblos europeos y estadounidense, Taylor no ahonda en los conflictos y pugnas de intereses entre diversas concepciones colectivas –internas en el propio orden occidental– que presionan y animan la dinámica de las instituciones sociales en la Modernidad.

En las últimas páginas de su libro, el autor propone dejar de pensar la modernidad occidental como un proceso unificado, y señala que mediante el estudio de los imaginarios sociales pueden emerger con más claridad las particularidades locales. Taylor hace explícito que está pensando en la construcción de puentes de comprensión entre unos y otros por medio del análisis de las diversas vías que siguió la transformación de todos los niveles y espacios de la vida social a partir de las manifestaciones originales de la economía, la esfera pública y el autogobierno en distintas naciones europeas. Un ejercicio de este tipo aplicado en naciones como la nuestra tendría que partir del cuestionamiento de si efectivamente la economía de mercado, la esfera pública y la soberanía, son las instituciones sociales que nos caracterizan, o quizá se tendría que emprender el estudio de los imaginarios sociales desde el análisis de los procesos históricos que nos son específicos y la identificación de las instituciones que nos particularizan. Las condiciones impuestas por la modernidad occidental colonizadora serían, sin duda, un factor, entre muchos otros, a considerar.